

IX

Nadie hay tan desgraciado que no tenga siquiera una *gracia*.

Desde los famosos hijos de Mari-Ignacia, que la hacían de puro tontos, según dice el refrán, hasta Pepito Canalejas, que se pasa de listo, y aun de *socialista*, no hay nadie sin ella.

Cada persona, cada corporación, cada periódico, cada revista, cada población, cada entidad de cualquier clase y aun cada ente, tiene su especialidad, su cosa buena ó mala, en qué sobresale y por qué se distingue.

Antiguamente, allá cuando aún no se acordaban de nacerle á nuestro D. Práxedes ninguno de los dos tupés, ni el de pelo ni el otro, había un cantar que decía:

«Para jardines, Granada;
Para paseos, Madrid;
Y para amores, tus ojos
Cuando me miran á mí.»

Andando el tiempo, no faltó ya quien, inspirado por la musa de los disgustos familiares, á imitación y semejanza de aquel cantar, compusiera este otro:

«Para tropas, Barcelona;
Para jardines, Valencia;
Y para dar desazones
La pícara de mi suegra.»

Más tarde, cuando los antiguos moderados se estaban poniendo las botas, es decir, sacando el jugo á la desamortización religiosa decretada por los progresistas, vamos, comprando casi de balde los bienes de la Iglesia que vendían aquellos borriquejos, hubo quien discurrió este otro cantar, semejante á los anteriores:

«Para jardines, Granada...»

ó Valencia; que de ambas maneras se solía decir, porque Valencia y Granada siempre se han disputado la primacía en lo de los jardines.

Como se la disputaban poco hace Moret y Canalejas en la dirección de las huestes fusionistas y en el cariño de Sagasta.

«Para jardines, Valencia;
Sevilla, para el regalo;
Y para hacerse uno rico
El partido moderado...»

Ahora que ya casi nadie se acuerda de amores, y las suegras han caído en desuso, y los moderados en el infierno, piadosamente pensando, y, en cuanto á desamortización, no está más que á medio madurar todavía la de los *latifundos* extremeños y andaluces que son resultados naturales de la de antes, se podría componer otro cantar, del mismo tipo de los tres citados, que dijera:

«Para *latas*, don Benito (1);
Para *fiestas*, don Alberto (2);
Y para sonetos malos
La revista *Blanco y Negro*.»

Porque... ¡cuidado que los suele traer malos de veras!

Casi no publica número sin su soneto correspondiente, y casi todos sus sonetos son malos.

Bien entendido que si no quito el casi, no es porque algunos de sus sonetos sean buenos, sino porque algunos son peores.

No parece sino que el *Blanco y Negro* ha heredado la exclusiva, ó á lo menos la mitad de la exclusiva que venía disfrutando en esta materia *La Ilustración Española y Americana*...

(1) Pérez Galdós.

(2) Aguilera.

El soneto de hoy va contra los brotes... verdes, que dice que renacen (aunque eso no es verdad, como veremos) y contra los álamos, y contra las vides, y, en general, contra toda la botánica. Se titula *Paisaje de primavera*, y está impreso en la esquina inferior de una plana donde hay unas flores descoloridas y borrosas, y una cabra, y un chivo...

Que lo mismo puede ser un gato... ó una persona.

Porque estas ilustraciones modernistas tienen eso, que no se suele saber á punto fijo lo que representan.

Pero volvamos al soneto, que dice:

«Renacen al venir la primavera
Los brotes verdes de los troncos viejos...»

No señor, no renacen, señor ENE (que así se firma el ultramarino, autor del soneto); ya le he dicho á usted que eso no es verdad. Los brotes no renacen, pues antes no habían nacido. Los brotes nacen *simplesmente*...

Lo mismo que los sonetos de usted, que tampoco suelen pasar de simplezas.

Si dijera usted que renace el árbol, ó que renace la planta, que habiéndose existido antes habían ya dejado de existir, habían sido cortados ó destruídos y vuelven á nacer de la misma raíz, no diría usted mal.

Pero hablando, no del árbol ni de la plan-

ta, sino de los brotes, que antes no han existido, no se puede decir que *renacen*.

Tampoco está bien aquello otro del comenzar del segundo cuarteto, donde dice:

«De hoja y de flor se cubre la pradera...»

No, señor; eso no es verdad tampoco. La pradera suele cubrirse de yerba y de flores, pero no de hoja...

A no ser que tenga muchos árboles; y entonces ya no es pradera.

Si tiene tantos árboles que aparezca materialmente cubierta de hoja, ya no es pradera, hablando con propiedad, sino arboleda.

Y así hay que llamarla. Pues cada cosa debe llamarse por su nombre; que para eso los tienen.

Vamos adelante:

«De hoja y de flor se cubre la pradera
Y en los montes verdean á lo lejos,
Al pie de los castaños y los tejos,
La alegre vid y la sombrasa higuera...»

¡Bueno está usted!

En poesía, á verdad, anda usted flojillo y epitetero ó adjetivador más de lo justo; pero lo que es en botánica, del todo no da usted pie con bola.

¿Cree usted que es cosa fácil el ver juntos los castaños y los tejos?

Pues no, señor, no es fácil, ni apenas posible.

Porque los tejos se dan en climas fríos y secos, á grandes alturas; de mil metros sobre el nivel del mar para arriba. Mientras que los castaños quieren clima templado y húmedo, y poca altitud; menos de quinientos metros.

¡Ya ve usted, señor ENE, si podrán ser amigos y confertulios unos de otros, como usted se figura!

Y en cuanto á la *alegre vid...* excuso decirle á usted que á pesar de toda esa alegría que usted y otros la han atribuído, no hace migas ni con los tejos ni con los castaños.

Porque ni puede vivir en las altitudes y friuras de los tejos, ni la sientan bien las humedades y las sombras en que los castaños están á gusto.

De modo que la agrupación esa de árboles y arbustos que usted forma, obedeciendo mancomunadamente al capricho y al consonante, no puede estar más refida con la Naturaleza...

Ni con Horacio.

Quien al conceder á los poetas—no se dé usted por aludido, ¿eh?—quien al conceder á los poetas y á los pintores la licencia de *quid vivet audendi*, les puso un pero, una cortapisa, esta precisamente: la de no emparejar las *serpientes con las aves*, ni los *corderos con los tigres*, ni... las vides con los tejos.

En fin, señor ENE, que está usted en botánica á la misma altura, poco más ó menos, que doña Emilia Pardo en Zoología.

Porque si ella supuso alas á la garduña y nos la pintó volando por los aires, usted pinta las vides y los castaños viviendo en amor y compañía con los tejos...

Todo lo cual, lo de usted y lo de ella viene á ser hablar del arquitrabe.

O de lo que no se sabe.

Y no le quiero decir á usted nada de la *sombrosa higuera*, porque... no me gustan los higos.

Verdad es que si pudiera vivir y viviera realmente esa *sombrosa higuera* donde usted la pone, en las altas umbrías en que viven los tejos, tampoco daría higos.

Como ni los castaños en la vecindad de los tejos darían castañas...

Bien que, para *castaña*, el soneto de usted.

También hay allá, en no sé qué ciudad de América, otra revista que se titula *Armonía literaria*.

Lo sé porque uno de los recortes mencionados al empezar este libro, contiene una *poesía*, ó más bien una tontería en verso, que lleva el título de *Íntimas*, y debajo del título esta advertencia:

«Especial para *Armonía literaria*.»

Por cierto que mejor que *armonía*, la cuadraba á la tal revista llamarse *algarabía*, y mejor que *literaria*, *iliteraria*; porque de todo tiene lo que se lee en el recorte, menos de armonía y de literatura.

Como que además de la *poesía*, que va firmada por *Astolfo Paz*, está fechada en Maracaibo, y es sosa y mala, por supuesto; contiene unos fragmentos en prosa, en los cuales se introduce á la Virtud hablando y

diciendo que «*el progreso es el último término y objetivo final de la creación*».

Esta gansada indisculpable da la medida del valor de la revista mencionada; pero si faltara algún dato para apreciar su falta de númen, aquí está la composición titulada *Íntimas*.

Que empieza:

«Sentada á su escritorio
Mi niña escribe,
Pensamientos que el alma
Puros concibe,
A la hora en que el astro
Rey de la noche
Surje de hondos abismos
En *áureo coche*.»

Que no es áureo, sino plateado. Pero nada tiene de particular que el vate Astolfo confunda los metales.

¡Si no confundiera otras cosas!

Aparte de que eso del *áureo coche* es ya muy viejo.

Pero viejo y todo, los poetas cursis lo siguen diciendo con referencia al sol: no á la luna, de cuyo brillo nunca se ha dicho que sea de oro, sino de plata.

Y además, tampoco está bien aquello de «sentada á su escritorio mi niña escribe».

El vate Astolfo ha oído decir que uno está *sentado á la mesa*, y cree que la misma cons-

trucción del verbo sentar, sirve para todos los sustantivos.

Bueno; siga el vate:

«¿Por qué escribe *mi niña*
Tan pesarosa?...»

¡Ah! ¿escribe *pesarosa*?... ¡Hombre! ¿Y en qué se lo ha conocido usted?... Díganoslo usted para que se lo conozcamos también los demás... Porque la verdad es que hasta ahora no lo habíamos notado.

Ni usted nos había dicho que *su niña* estuviese *pesarosa*...

Y convendrá usted conmigo, si quiere, y si no, es igual; pero creo que convendrá usted en que antes de preguntar por qué escribe tan *pesarosa*, era bueno haber dicho que lo estaba.

Pasemos adelante:

«¿Por qué escribe *mi niña*
Tan pesarosa,
Entre tímida y pura...?»

¿Entre tímida y pura, dice usted...?

¡No parece más sino que la timidez y la pureza son cosas contrarias, ó que tímida y pura son dos términos opuestos...!

De ninguna manera ¡oh vate!, de ninguna manera. La niña puede ser tímida y pura: puede ser tímida en grado máximo, y com-

pletamente pura al mismo tiempo. No hay necesidad de que sea *entre tímida y pura*.

Ni siquiera posibilidad; porque precisamente la timidez y la pureza son dos cosas que no guardan entre sí relación de distancia. De modo que no se puede decir que una mujer sea *entre tímida y pura*. Porque sería lo mismo que si dijéramos de un vate que es «entre mentecato y moreno».

«¿Por qué escribe mi niña
Tan pesarosa,
Entre tímida y pura,
Triste y graciosa,
Cuando todo en el mundo
Dicha respira,
Y en el viento hay rumores
De blanda lira?»

¡Bueno! Y porque haya en el viento rumores de blanda lira, ¿ya nadie va á tener pesares...?

¡Tiene usted unas cosas, vate Astolfo!
Siga usted:

«¡Misterio incomprensible...!»

No; lo que es incomprensible es la tontería de usted... Todo lo demás se comprende con facilidad suma. La tontería de usted de querer encontrar misterio donde no le hay, es aquí lo único que no se comprende fácilmente.
¿Por qué ha de haber misterio en que la

niña esté *pesarosa*, aun cuando todo respire dicha en el mundo?

Está *pesarosa* porque la dirige usted sus versos... Eso no es misterio: es más claro que el agua.

Vamos adelante:

«¡Misterio incomprensible...!»

Ya hemos quedado en que no hay tal misterio, ¿eh?

«¡Misterio incomprensible!
Lo que no ignoro
Es que escribe en un álbum
De hojas de oro...»

¡Mentira...!

Y mal verso también...

Pero vamos, lo más grave del caso es que el regloncito ese último «de hojas de oro», sobre no ser verso de seguidilla, tampoco es verdad.

¿Cómo y con qué había de escribir la niña en unas hojas de oro? Lo más que se le puede admitir á usted es que las hojas del álbum donde escribía la niña *pesarosa*, si es que escribía, tuvieran el canto dorado.

Y esto no es lo mismo que ser de oro.

A ver que más:

«Y en la portada leo:
¡Tristes memorias
De quien llora perdidas
Sus muertas glorias.»

Tampoco esto es verdad. Ó por lo menos, no lo parece.

¿Cómo quiere el vate hacernos creer que la niña pusiera el título á su libro así en versos malos y ripiosos?...

Para eso era menester que la niña fuera tan tonta como el vate.

Y eso es muy difícil.

No, señor, no; yo no creo que ninguna niña, por *pesarosa* que esté, *llore pérdidas* ni sienta perder las glorias ya *muer-tas*; porque después de muertas, ¿para qué había de querer conservarlas?

Lo cual es decirle al vate que lo de *muer-tas*, después del *perdidas*, no es más que un ripio ignominioso.

Y sigue el vate:

«Joya que desde lejos
Mi vista alcanza...»

Pero ¿cuál es la joya?... ¿el rótulo ripioso?... ¡Pues vaya una joya!...

¿Es acaso la portada?... ¿Es el álbum?... ¿Son las glorias *muer-tas* y *perdidas*?... ¿Es la misma niña *pesarosa*?...

¡Cualquiera lo discurre!

Lo más inmediato á la *joya* es el rótulo; pero también es precisamente lo menos *joya*.

En fin, sigamos leyendo á ver qué se descubre;

«Joya que desde lejos
Mi vista alcanza
Como el rayo naciente
De una esperanza,
Quién pudiera *leerte*
Breves momentos...»

Vamos; ya se ha descubierto que la joya es el rótulo, ó el álbum, ó la portada; una cosa que se pueda leer, puesto que el vate desea leerla.

De modo que ya sabemos que la joya no es la niña, ni son las glorias perdidas y muertas además, ni...

Pero siga el vate:

«¿Quién pudiera *leerte*
Breves momentos,
Para saber de *aquella*
Los pensamientos?»

¡Hombre! ¡Con qué familiaridad trata usted á la niña!

Para saber de *aquella*... los pensamientos.

Así suele decir el marido hablando de su mujer con personas de mucha confianza... «Dijo *aquella*...» «Me encargó *aquella*...»

Y lo mismo la mujer hablando del marido: «Ya lo verá *aquel*...» «Contando con que *aquel* no se oponga...»

Mas dicho por un vate, con referencia á una niña *pesarosa*, de la cual ni siquiera es novio todavía, resulta demasiado familiar... y bajo...

Para saber de *aquella...* los pensamientos.
A ver otra copla:

«Tú, que eres el espejo...»

Este *tú* debe de ser el álbum.

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma...»

Tampoco esto está bien.

Dentro de la expresión figurada pudo decir el vate que el álbum era el espejo adonde se asomaba el alma de la niña; pero no donde se asomaba *con los ojos del alma*. Con los ojos del alma es como hay que verla.

Repitamos:

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma,
Quisiera entre mis manos
Verte un instante...»

¡Qué sintaxis también, Dios piadoso, qué sintaxis me gastan estos vates ultramarinos!...

Tú, que eres el espejo..., quisiera verte...
Como acusativo, un nominativo...

Es lo mismo que si yo le dijera al vate Asolfo: «Tú, que eres un poeta muy ripioso, te voy á pegar una zurra...»

No se dice *tú*, vate, se dice *á ti*...

«Á ti, que eres el espejo, etcétera... quisiera verte entre mis manos...»
Y no como usted dice:

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma,
Quisiera entre mis manos
Verte un instante,
Por contar los latidos
De un pecho amante...»

Donde, aparte de la mala sintaxis, tampoco se ve que haya mucha *sindéresis*.

Pues parece que lo que el vate quiere ver un instante entre sus manos, ya no es el álbum, sino la niña. Porque lo otro, lo de contar los latidos del pecho con sólo tener el álbum entre las manos, es demasiada figura.

Y continúa el vate, cada vez con mayor desgracia; pues ya cerca de lo último se arranca en esta forma:

«¡Oh, niña de mi mente,
la soberana;
De mis negros pesares
Íntima hermana...»

¡Vamos, hombre!... ¡Mire usted que hacer á una niña *hermana* de los negros pesares!... Me parece que eso es llamarla negra, desgraciada, insufrible y todo lo malo que se puede llamar á una persona...

Y luego llamarla *hermana íntima* es otra

barbaridad mayor, porque no hay hermanos *íntimos*.

Usted, señor vate, ha oído hablar de amigos *íntimos*, y cree que el epíteto vale lo mismo para los hermanos; pero se equivoca usted en eso, como en otras muchísimas cosas.

Los amigos pueden ser *íntimos* ó no serlo. De modo que, al hablar de un amigo, no está demás decir que es íntimo, si lo es realmente. Pero los hermanos no pueden ser más que hermanos.

Es decir, pueden ser hermanos carnales, ó medio hermanos, ó hermanos en religión, ó hermanos políticos, ó hermanos de leche... Pero no hermanos íntimos, sino solamente hermanos, dentro de cada una de las clases indicadas.

Repitamos la invocación:

«¡Oh, niña de mi mente...»

Y esto de llamar á una niña así, *niña de mi mente*, también es nuevo...

Y malo, por supuesto.

Se ha dicho hasta ahora «niña de mi alma», «niña de mi corazón», «niña de mi vida». Pero «niña de mi mente...»

Bueno, adelante:

«¡Oh, niña de mi mente,
la soberana;
De mis negros pesares
Íntima hermana;

Bien me dicen tus ojos,
Que á mares lloran,
Las ocultas tristezas
Que te devoran...
Yo también con la sangre
Que gota á gota...»

¡Mal, muy mal! Esa asonancia de las *gotas* con el *devoran* del último verso de la seguidilla anterior hace pésimo efecto...

«Yo también con la sangre
Que gota á gota
Del fondo de mi herida
Caliente brota...»

¡Hombre, por Dios y por todos los santos...! Si *brotar* no será *gota á gota*, y si es *gota á gota* mejor fuera haber dicho *destila*, ó haber empleado algún otro verbo análogo que denotara lentitud y escasez; porque *brotar*, con aplicación especialmente á los líquidos, denota prontitud y abundancia no muy compatibles con lo de *gota á gota*...

Lo que hay es que usted no sabe lo que es *brotar*, y pareciéndole á usted que *gota á gota* era buen consonante para *brotar*, colocó usted la *gota* y el *brotar* en los finales de dos distintos versos, sin reparar en la contradicción ó en el desatino.

Acabemos:

«Yo también con la sangre
Que gota á gota
Del fondo de mi herida
Caliente brota,

Escribiré de mi álbum
En la portada:
RECUERDOS DE UN POETA
PARA SU AMADA.»

Así, con versalitas lo pone el vate; pero ni aun así se ve la consecuencia.

¿Qué tiene que ver el que los ojos de la «niña de su mente» la soberana, la «hermana íntima de los negros pesares», llorando á mares (ya será algo menos) le digan al vate que la devoran tristezas ocultas..., qué tiene que ver esto con que el vate también tenga álbum y haga la majadería repugnante de escribir en él con la sangre que brota... gota á gota (manera nueva de brotar) del fondo de su herida: recuerdos de un poeta para su amada?...

Nada.

Cuando uno lee aquel «yo también» después de haber leído lo de las tristezas de la niña, cree uno que el vate va á decir: yo también lloro; yo también estoy triste; yo también soy devorado por las tristezas ocultas..., etc.

Pero no hay tal cosa.

El vate se contenta con decir: «Yo también escribiré con sangre...»

Y como de la niña no se dice que escribirá con sangre, resulta que el también... también está de sobra.

Como el gota á gota y como toda la composición...

Y hasta el vate.

XI

¡Cuánta tontería será bueno que haya dicho otro vate llamado Pimentel, y además Coronel, á propósito, ó más bien á despropósito de un escollo...!

Hay que advertir que el tal vate es venezolano y que dedica su composición, ó lo que fuere, á César Zumeta, que regularmente será otro vate al símil, y en fin, que la composición titulada *El escollo*, es un verdadero escollo literario, digo, iliterario, donde se estrellan la razón, el buen sentido, el buen gusto y todas las demás cosas buenas.

Verdad es que esto último no era menester advertirlo, porque ya lo verán ustedes.

Principia el vate Pimentel y Coronel, diciendo:

«Tras la trémula curva...»

Principio que ya es bastante malc.

Porque ese *tras-la-tre...* es feo y duro. Pero no hay que parar tan pronto.

Adelante:

«Tras la trémula curva que levantan
En su vaivén las olas,
A veces como un náufrago parece
Que forcejea con la *mar rabiosa...*»

¡Bueno!... Digo, malo... Porque esto de la *mar rabiosa* ó *marrabiosa* también es muy duro y muy feo.

¡Tienen un oído estos vates, aun siendo Pimenteles y Coroneles... que más bien parecen furrieles ó rancheros ó cualquier otra cosa baja!...

¡Cuidado con el vate!... ¡La marrabiosa!... Podía muy bien haber dicho *furiosa*, que era un adjetivo menos impropio para la mar, y el verso entonces hubiera resultado menos desapacible.

Pero nada; estós vates así, siempre se van á lo más malo.

Continuemos.

Quedábamos en que

«Tras la trémula curva que levantan
En su vaivén las olas
(Y en estas olas creo que estaría
Menos mal una coma;
Pero estos pobres vates inconscientes
Hasta en la puntuación faltan ó sobran)

A veces como un náufrago parece
Que forcejea con la *mar rabiosa*,
Que se sumerge en los rugientes vórtices
Que en la extensión se borra...»
(Parece que es la mar quien se sumerge
Y luego no es la mar, es otra cosa.)

Sigamos á ver en qué para eso.

«Mas luego surge súbito...»

Bueno; era el escollo que parecía náufrago el que se sumergía en los vórtices rugientes y se borraba en la extensión...

Por cierto que esto de *borrarse en la extensión* no sé yo bien lo que quiere decir; pero probablemente el vate no lo sabrá tampoco.

Adelante.

«Mas luego surge súbito
Y cual faro de sombras...»

¡Aprieta, manco!... que te alcanza un cojo...

¡Y cual faro de sombras!...

¡Miren ustedes que llamar á un escollo *faro de sombras!*

¡Y tanto como se ha reído la gente de aquel capitán instructor de quintos que definía la media vuelta á la izquierda diciendo que era lo mismo que media vuelta á la derecha!...

Y eso que aquel infeliz añadía: «Sólo que es todo lo contrario.» Pero el vate ni aun eso.

No hace más que llamar *faro* al escollo;

bueno, *faro de sombras*, y sigue tan cantante:

«Y cual *faro de sombras*...»

Vamos, que no me negarán ustedes que es una ocurrencia peregrina... ¡Llamar á un islote que apenas se ve porque está á flor de agua, *faro de sombras*!...

Por ese sistema podría el vate llamar á los hornillos que se emplean para poner piso á las calles, *soles de asfalto*... y podría cualquiera llamarle á él «Zorrilla pedestre» ó «Dante insulto», ó cualquier otra cosa por el estilo.

Veamos qué más cosas llama el vate al escollo.

«Mas luego surge súbito
Y cual *faro de sombras*,
Como *negra pirámide de hierro*
Sobre lo verde de las aguas flota...»

Esto de la pirámide negra, y de hierro por añadidura, también es otra barbaridad; porque un escollo que, como dejo dicho, ha de estar á flor de agua, apenas descubierto unas veces, y otras veces del todo cubierto, y si no, no es escollo, no puede parecerse nada á una pirámide, ni negra ni blanca.

Y sigue el vate diciendo:

«Escollo formidable
Del Océano aparición monstruosa,
Allí se quiebran con fragor los vientos...»

No es verdad.

En un *escollo* no se pueden quebrar los vientos, ni con fragor ni sin él...

Los vientos pueden quebrarse con fragor en una roca que se levante mucho sobre la superficie de las aguas. Pero esa roca en que se puedan quebrar los vientos no se llama *escollo*.

¿Cree el vate que toda roca que se alza en el mar es un escollo, aunque sea más alta que la Giralda de Sevilla?...

«Escollo formidable...»

Bueno; formidable sí se le puede llamar; no porque sea grande y alto, que es lo que se entiende comúnmente por *formidable*, sino por el miedo (*formido*) que se tiene de naufragar en él.

«Escollo formidable
Del Océano aparición monstruosa,
Allí se quiebran con fragor los vientos
Que de playas remotas
Vienen trayendo los salvajes himnos...»

Que no sé por qué han de ser salvajes precisamente...

Unas veces serán salvajes y otras civilizados.

Figúrese el vate que los vientos que han de traer los himnos al escollo vienen de las remotas playas... de Venezuela... ¿Se atreverá el vate á llamarlos salvajes entonces?...

Siga usted.

«Allí la espuma *fúlgida*
Que el oleaje *forja...*»

Esto de *forjar* la espuma también es un poco... disparatado.

Se conoce que el vate Pimentel no sabe de cierto lo que es *forjar*. Pero no sabiendo eso ni otras muchas cosas, ¿quién le manda meterse en honduras? Hubiera empleado un verbo más general, de esos que sirven para todo. Hubiera dicho, verbigracia, «que el oleaje forma», con lo cual no perdía nada el verso y desaparecía el desatino.

¡Qué afán de echar á perder las cosas!

«Allí la espuma *fúlgida...*»

También este epíteto es un poco atrevido; pero pase.

«Allí la espuma *fúlgida*
Que el oleaje *forja*,
Al rudo golpe con que estalla *unísono*
Eternamente en la *escarpada roca...*»

¡Dale con la roca escarpada!... ¡Es que está pesado!...

Vamos más adelante:

«Allí el pulpo *insaciable*,
Engendro *horripilante* de la sombra,
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia
De su calma *espantosa...*»

Bueno; y ¿por qué ha de ser espantosa pre-

cisamente la calma del pulpo? Vamos á ver... ¿Cree el vate que para hacer buenos versos no hay más que poner epítetos á troche-moche?

Pase que el pulpo fuera *insaciable* y hasta *horripilante*, si se quiere. Pero lo de llamar *húmeda* á la gruta del pulpo, ya no está bien. Primero, porque de su peso se cae que, estando la gruta en el mar, tiene que ser húmeda por fuerza, y huelga decirlo; de modo que es un ripio aquel *húmeda*. Y además, el *húmeda*, precedido del pronombre *su*, resulta duro de pronunciar y estropea el verso. «*Su-húmeda...*»

«Allí el pulpo *insaciable*,
Engendro *horripilante* de la sombra,
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia
De su calma *espantosa*
Sueña con el furor de las borrascas,
Con seres muertos y con naves rotas...»

Me parece que esto de presentarnos al pulpo soñando, ya es abusar un poco... ¿No le parece lo mismo al vate...?

Y sigue:

«Allí la nave que arrojó al esquite...»

La primera impresión es de que la nave fue la que arrojó... Y la segunda también...

Se necesita leer el verso siguiente para sospechar que acaso la nave sea la arrojada, y otros dos versos más para saberlo de cierto.

Y habrá de convenir el vate en que esto de escribir de modo que el lector entienda al revés las cosas, no es una perfección ni mucho menos.

«Allí la nave que arrojó al esquiife
Corriente tormentosa
Se abate, y deja en las agudas piedras
En mil pedazos sus *deshechas* lonas...»

En mil pedazos deshechas sus lonas, habría querido decir el vate. Pero como así no había verso, acudió el vate á la trasposición, que le resultó infelicísima. Como que parece que la nave llevaba ya deshechas las lonas, *sus deshechas lonas*, antes de tropezar con el escollo.

Esto, aparte de que en un escollo no suelen romperse las velas de la nave; se la suelen romper la quilla, los costados, etc., pero no *las lonas*.

El vate, sin embargo, dice que

«Se abate y deja en las agudas piedras
En mil pedazos sus *deshechas* lonas,
Como un blanco sudario en los *sombríos*
Y *abiertos* brazos de una cruz *marmórea*...»

O granítica, que para el caso sería lo mismo. ¿Por qué habrá de ser precisamente *marmórea* (no siendo por el asonante) la cruz de los *sombríos* y *abiertos* brazos para que resultara bien la comparación del sudario blanco y de las lonas?

Comparación que resulta una sosada, después de todo; porque siendo blancas las velas, ¿qué remedio tenían más que parecerse á un sudario blanco?

Naturalmente. Como una sábana se parece á otra.

Y ahora viene el golpe final, que es de lo mejor que puede darse.

Verán ustedes:

«Y *alma* de aquel escollo...»

Vamos á ver cuál es el alma... ¿Si será el pulpo, el bribón del pulpo soñador de que el vate nos habló antes?...

«Y *alma* de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca...»

¡Caracoles! ¡Una roca que tiene ilusiones... aladas, y que al mismo tiempo que son aladas ilusiones de la roca son alma del escollo!...

Esto es el disloque, como dice la gente de los barrios bajos...

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la *negra sirte*...»

Que es la misma roca y el mismo escollo con otro mote...

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la *negra sirte*
Hicieron las gaviotas
El nido de su amor...»

¡Sí! ¡Buena verdad!... No lo crea usted, vate, no lo crea. Las gaviotas no hacen el *nido de su amor*, como usted dice, en un escollo, descubierto á veces cuando baja la marea, y cubierto otras veces por las aguas, como usted mismo le pinta cuando dice:

«Que se sumerge en las rugientes vórtices,
Que en la extensión se borra.
Mas luego surge súbito...»

¿No ve usted que si anidaran las gaviotas en un islote así, barrido por las olas y aun cubierto á ratos, las olas se llevarían los nidos?

No; las gaviotas, que no son tan tontas como usted se figura, suelen posarse un rato en el escollo cuando las olas le dejan libre; pero anidar no anidan allí, anidan en las rocas de la orilla del mar, ó en las de dentro del mar, con tal que sean bastante altas para que el agua no las cubra nunca.

Esto á cualquiera se le alcanza, excepción hecha de algún vate que otro.

Bueno; quedamos en que no es verdad que las gaviotas hagan *el nido de su amor* ni ningún otro nido en el *escollo*, y siga usted.

«Y alma de aquel escollo,
Ilusiones aladas de la roca...»

¡Ah! Se me olvidaba decir á usted que eso de llamar á las gaviotas alma del escollo por-

que se posen en él de vez en cuando es una simpleza, y lo de llamarlas además ilusiones aladas de la roca porque vivan en ella es una extravagancia muy grande, una majadería, mejor dicho.

¡Suponer que la roca tiene ilusiones y que esas ilusiones son las gaviotas!...

¡Vamos, hombre! Hay que ser más formal, Sr. Pimentel; aun escribiendo en verso, hay que ser más formal y no soltar semejantes desatinos.

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la negra sirte
Hicieron las gaviotas
El nido de su amor (*Una mentira
Es lo que dice usted, como una loma
O un poquito mayor*) y en él saludan
Las tempestades que el espacio azotan
Las blancas velas que á lo lejos pasan...»

Todo palabrería hueca y sosa
Que no servirá nunca para nada,
Ni es poesía, ni arte, ni da gloria;
Mas tenga usted en cuenta, vate incauto,
Y nunca olvide usted, que las gaviotas
No anidaron jamás en el escollo,
Sino en las altas cimas de las rocas.

Ya ve usted, Sr. Pimentel, y Coronel y todo, qué cosa tan fácil es hacer versos sin decir desatinos.